

**V**A para tres años que comenté en estas páginas el drama que ahora se representa en el Teatro de la Comedia («G.i.» n.º 935). Lo hice a raíz de su publicación en «Primer Acto», la revista que no debió morir. Previamente, el autor había tenido la gentileza de enviarme un ejemplar mecanografiado, y «supe» ya entonces que «Las arrecogías» estaban destinadas a alcanzar un gran éxito: el que están logrando, efectivamente.

No es fácil predecir el triunfo o el fracaso de una obra teatral: si así fuera, ningún negocio sería más provechoso que el de empresario. Pero, en este caso, el vaticinio era fácil, no sólo por la calidad intrínseca del drama, sino también porque este poseía unas propiedades a las que nuestro público ha sido siempre sensible: era, si se me permite el término, y si se despoja de connotaciones, una obra «españolísima». Porque, en efecto, la línea más sostenidamente nacional, la que marca los grandes hitos del teatro hispano, es la que permite transitar pasiones, arrebatos, heroísmos, fiebre, gallardías, desplantes y rebeldías. Rara vez, en su curso, hallamos primores dialécticos, como no sea en escenas sueltas: es el vértigo lo que nos seduce, y por haberlo comprendido así, Lope se alzó sobre los más reflexivos intentos de Cervantes o Argensola, y García de la Huerta es el gran triunfador del período neoclásico, y los románticos lo avasallaron todo.

#### Una buena obra en manos expertas

En la crónica que he mencionado, escribía sobre dificultades de juzgar «Las arrecogías» con tranquilos cánones críticos, porque los desborda. Y decía textualmente: «Lo turbio y lo claro, lo irracional y lo lógico, lo trágico y lo que sólo parece patético, e incluso melodramático, se imbrican en sus réplicas y en sus escenas tan íntimamente, que la mezcla choca con fuerza al lector. Las frases surgen a veces tumultuariamente, de modo que resulta casi imposible apresarlas entre las reglas de la sintaxis. Apenas si cabe el análisis a que fuerza la lectura: hay que ver la obra con la imaginación, y dejarse arrastrar por el turbión». Así la veía yo, y el único riesgo que temía esta-

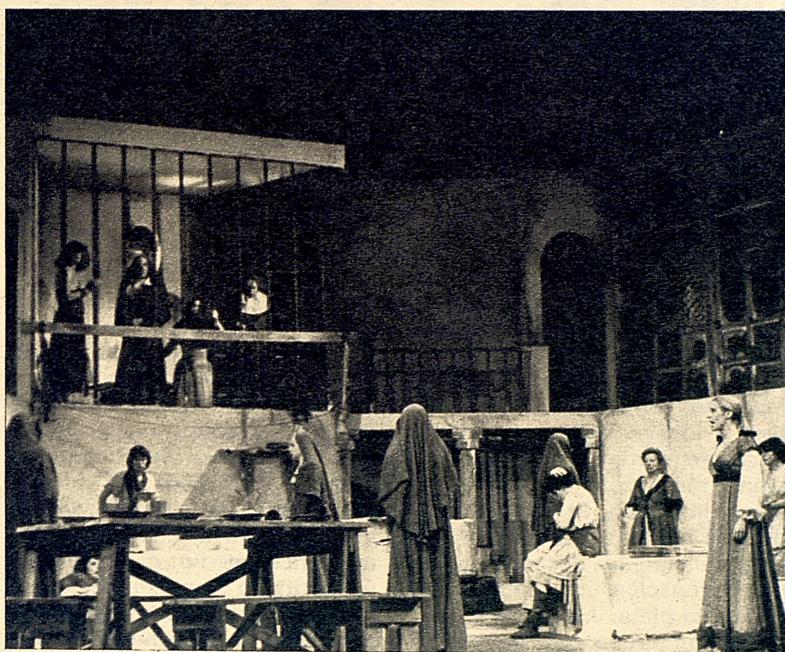
## «Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipciaca», de José Martín Recuerda

ba en la posibilidad de que el director, si deseaba hacer claro el texto, apagara su fuerza; o, al contrario, si quería dar a ésta toda la rienda que exige, se oscureciera el proceso argumental e ideológico del drama. Porque no acababa de estar redondo —y, ¿cómo podría estarlo, si Martín Recuerda escribe como

aligerado el texto, hasta el punto de que resulta difícil imaginar una versión mejor.

#### Una Mariana distinta a la de Lorca

En cuanto a la obra misma, me ha confirmado en lo que ya



«Las arrecogías del beaterio de Santa María Egipciaca»  
«Que José Martín Recuerda era un gran autor lo sabíamos muchos. Ahora podrán comprobarlo todos.»

raptado por un trance emotivo, con el alma en la pluma?—, y me permitía recomendar al autor: «Si el director planea un montaje convencional, si las actrices quieren sólo declamar el texto sin embriagarse en él, renuncie al estreno». Pero también apuntaba la necesidad de aligerarlo de algunos pequeños lastres, para que su nitidez fuese completa.

Dichosamente, «Las arrecogías» han caído en las manos expertísimas de Adolfo Marsillach, que ha realizado uno de sus mejores trabajos. Ha impuesto al espectáculo una lógica impecable y ha vedado a los intérpretes cualquier tentación de convencionalismo. Me habían hablado de cierta frialdad en Concha Velasco; tal vez ocurriera así en el estreno, no en la representación a que asistí, porque la extraordinaria actriz realizó un trabajo admirable. Y autor y director han clarificado y

escribí al conocerla. Martín Recuerda, como ya hizo en «Las salvajes en Puente San Gil», erige un grupo de mujeres en protagonistas de su propia rebelión liberadora. Se trata aquí de una «fiesta española», en la que participan una especie de coro que glosa o subraya la acción con sus cantos y sus danzas, y las propias reclusas del Beaterio, mujeres social y políticamente «peligrosas», que viven las angustias de unos procesos que nunca se sustancian, y que también subliman sus miedos y sus esperanzas con cánticos y bailes. Gran acierto. Entre aquellas mujeres incultas, envilecidas por unas condiciones insufribles de la vida nacional, está Mariana de Pineda cuya superior cultura le acarrea a la vez incompreensión y admiración. Ni de lejos se parece a la Marianita lorquiana.

Martín Recuerda afronta de modo muy distinto el mito de la mujer acusada de bordar una bandera liberal. García Lorca apenas si salió en su drama del paradigma de la enamorada romántica. Aquella dama creía que estaba construyendo, puntada a puntada, su propia felicidad. Esta Mariana del Beaterio de Santa María Egipciaca renunció al matrimonio con Casimiro Brodett porque a este se le exigía renunciar a sus ideas para consentirle el matrimonio. Y Mariana lo quería tanto como amante que como revolucionario; quizá más como héroe de la insurrección antifernandina. Prefirió ser su querida, y huir de él, y entregarse a hombres poderosos, para procurar con su complicidad que muchos liberales escaparan del terror. La Mariana de «Las arrecogías» —así lo escribí ya— no es una frágil dama, sino una partisana. Difícilmente podría exclamar como la de Lorca: «Yo soy la libertad porque el amor lo quiso». Ella es la libertad porque así se lo exige su conciencia cívica. Y por eso increpa a su amante cuando lo ve derrumbado por la confesión que le hace de cómo ha procedido entregándose a cuantos hombres podían serle útiles en sus designios políticos: «¿Es que un liberal sabe luchar sólo por el débil amor humano de una mujer? ¿El amor humano puede estar por encima de la libertad de todo un pueblo?».

Pero, con ser central el problema de Mariana, no es lo más importante de «Las arrecogías». Ya he señalado que el drama posee un protagonista colectivo. Martín Recuerda planea sus obras con amplios frisos sociales, más que como sucesos de protagonistas. No es nada fácil, y sin embargo, el éxito le acompaña en ello. Para mi gusto, los mejores momentos de este drama son los abundantísimos en que las reclusas charlan libremente, se jactan de su pasado, se pelean, se crispan o se arrancan poseídas por un mismo humanísimo temor o por idéntico afán vindicativo. El «trágala» y el «vito» son dos momentos escénicos inolvidables.

Por fin, un autor de nuestro teatro soterrado ha salido a luz con una obra característica. Y ha alcanzado un triunfo claro e indiscutible.

Que José Martín Recuerda, granadino, era un gran autor lo sabíamos muchos. Ahora podrán comprobarlo todos.

**Fernando Lázaro Carreter**

de la Real Academia Española